

en latin, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella..... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

D. DIEGO.

Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.

DOÑA IRENE.

¿Pues no quiere usted que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que.....
 ¿Ella otros amores ni otros cuidados!..... Pues si tal hubiera..... ¿Válgame Dios!..... La mataba á golpes, mire usted..... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa muger. Díselo para que se tranquilice y....

D. DIEGO.

Yo, señora, estoy mas tranquilo que usted.

DOÑA IRENE.

Respóndele.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan.

D. DIEGO.

No, hija mia; esto es dar alguna expresion á lo que se dice; pero enfadarnos, no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

DOÑA IRENE.

Sí señor que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace..... Por eso mismo.....

D. DIEGO.

No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco..... Quiero solo que Doña Paquita esté contenta.

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

DOÑA FRANCISCA.

Sí señor que lo estoy.

D. DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cueste el menor sentimiento.

DOÑA IRENE.

No señor, todo al contrario..... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

D. DIEGO.

En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias, señor Don Diego.... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!....

D. DIEGO.

Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavía de mayor fortuna.

DOÑA IRENE.

Ven aquí, ven.... Ven aquí, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¡Mamá!

(Levántase Doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.)

DOÑA IRENE.

¿Ves lo que te quiero?

DOÑA FRANCISCA.

Sí señora.

DOÑA IRENE.

¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pío sino el de verte colocada antes que yo falte?

DOÑA FRANCISCA.

Bien lo conozco.

DOÑA IRENE.

¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

DOÑA FRANCISCA.

Sí señora.

DOÑA IRENE.

¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues qué no la quiero yo á usted?

D. DIEGO.

Vamos, vamos de aquí. *(Levántase Don Diego y despues Doña Irene.)* No venga alguno y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

DOÑA IRENE.

Sí, dice usted bien.

(Vanse los dos al cuarto de Doña Irene. Doña Francisca va detras, y Rita que sale por la puerta del foro la hace detener.)

ESCENA IV.

RITA. DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita..... ¡Eh! chit..... señorita.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué quieres?

RITA.

Ya ha venido.

DOÑA FRANCISCA.

¿Cómo?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay Dios!.... ¿Y qué debo hacer?

RITA.

¡Donosa pregunta!.... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor..... Al asunto..... y juicio. Y mire usted que en el paraje en que estamos la conversacion no puede ser muy larga..... Ahí está.

DOÑA FRANCISCA.

Sí..... Él es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente..... Valor, señorita, y resolucion.

(Rita se va al cuarto de Doña Irene.)

DOÑA FRANCISCA.

No, no, que yo tambien..... Pero no lo merece.

ESCENA VII.

DON CARLOS. *(Sale por la puerta del foro.)* DOÑA FRANCISCA.

DON CARLOS.

Paquita..... ¡Vida mia! Ya estoy aqui..... ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

DOÑA FRANCISCA.

Bien venido.

D. CARLOS.

¿Cómo tan triste?.... ¿No merece mi llegada mas alegría?

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad, pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí..... Sabe usted.....

Sí, bien lo sabe usted. Despues de escrita aquella carta, fueron por mí. Mañana á Madrid. Ahí está mi madre.

D. CARLOS.

¿En dónde?

DOÑA FRANCISCA.

Ahí, en ese cuarto.

(Señalando al cuarto de Doña Irene.)

D. CARLOS.

¿Sola?

DOÑA FRANCISCA.

No señor.

D. CARLOS.

Estará en compañía del prometido esposo.

(Se acerca al cuarto de Doña Irene, se detiene, y vuelve.)

Mejor. ¿Pero no hay nadie mas con ella?

DOÑA FRANCISCA.

Nadie mas, solos estan. ¿Qué piensa usted hacer?

D. CARLOS.

Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad. Pero tiempo hay. Él tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien

á una muger tan digna de ser querida. Yo no conozco á su madre de usted, ni. Vamos, ahora nada se puede hacer. Su decoro de usted merece la primera atencion.

DOÑA FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

D. CARLOS.

No importa.

DOÑA FRANCISCA.

Quiere que esta boda se celebre asi que lleguemos á Madrid.

D. CARLOS.

¿Cuál? No. Eso no.

DOÑA FRANCISCA.

Los dos estan de acuerdo, y dicen.

D. CARLOS.

Bien. Dirán. Pero no puede ser.

DOÑA FRANCISCA.

Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor.

Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas,
me...

D. CARLOS.

¿Y usted qué esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ingrato!.... ¿Pues no sabe usted que....
¡Ingrato!

D. CARLOS.

Sí, no lo ignoro, Paquita.... Yo he sido el
primer amor.

DOÑA FRANCISCA.

Y el último.

D. CARLOS.

Y antes perderé la vida, que renunciar al
lugar que tengo en ese corazón.... Todo él es
mio.... ¿Digo bien?

(Asiéndola de las manos.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues de quién ha de ser?

D. CARLOS.

¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me ani-
ma!.... Una sola palabra de esa boca me ase-

gura.... Para todo me da valor.... En fin, ya
estoy aquí. ¿Usted me llama para que la defien-
da, la libre, la cumpla una obligación mil
mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo
yo.... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo
voy también. Su madre de usted sabrá quien soy....
Allí puedo contar con el favor de un anciano res-
petable y virtuoso, á quien mas que tío, debo
llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas
inmediato, ni mas querido que yo: es hombre
muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen
para usted algun atractivo, esta circunstancia añ-
diría felicidades á nuestra unión.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué vale para mí toda la riqueza del
mundo?

D. CARLOS.

Ya lo sé. La ambición no puede agitar á un
alma tan inocente.

DOÑA FRANCISCA.

Querer y ser querida.... Ni apetezco mas,
ni conozco mayor fortuna.

D. CARLOS.

Ni hay otra.... Pero usted debe serenarse,

y esperar que la suerte mude nuestra aflicción presente en durables dichas.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué se ha de hacer para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¿Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamas: que siempre seré obediente y buena.... ¿Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla.... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

D. CARLOS.

Yo le buscaré.... ¿No tiene usted confianza en mí?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué había yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas.... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de

darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.

(Se enternece y llora.)

D. CARLOS.

¿Qué llanto!... ¿Cómo persuade!... Si, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido, ¿quién puede oponérsele? Nada hay que temer.

DOÑA FRANCISCA.

¿Es posible?

D. CARLOS.

Nada.... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo la muerte bastará á dividirlos.

ESCENA VIII.

RITA. DON CARLOS. DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante.... Y usted, señor galan, ya puede tambien disponer de su persona.

D. CARLOS.

Sí, que no conviene anticipar sospechas....
Nada tengo que añadir.

DOÑA FRANCISCA.

Ni yo.

D. CARLOS.

Hasta mañana. Con la luz del día veremos á
este dichoso competidor.

RITA.

Un caballero muy honrado, muy rico, muy
prudente: con su chupa larga, su camisola lim-
pia y sus sesenta años debajo del peluquin.

(Se va por la puerta del foro.)

DOÑA FRANCISCA.

Hasta mañana.

D. CARLOS.

A Dios, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Acuéstese usted, y descanse.

D. CARLOS.

¿Descansar con zelos?

DOÑA FRANCISCA.

¿De quién?

D. CARLOS.

Buenas noches.... Duerma usted bien, Pa-
quita.

DOÑA FRANCISCA.

¿Dormir con amor?

D. CARLOS.

A Dios, vida mía.

DOÑA FRANCISCA.

A Dios.

(Éntrase al cuarto de Doña Irene.)

ESCENA IX.

DON CARLOS. CALAMOCHA. RITA.

D. CARLOS.

¡Quitármela! *(Paseándose con inquietud.)* No....
Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre
ha de ser tan imprudente que se obstine en ve-
rificar este matrimonio repugnándolo su hija....
mediando yo.... ¡Sesenta años!.... Precisa-
mente será muy rico.... ¡El dinero!.... Mal-
dito él sea, que tantos desórdenes origina.

CALAMOCHA.

(Sale Calamocha por la puerta del foro.)

Pues señor, tenemos un medio cabrito asa-

do, y.... A lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia extraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia.... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que sería bueno....

D. CARLOS.

Vamos.... ¿Y adónde ha de ser?

CALAMOCHA.

Abajo.... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

RITA.

(Sale Rita por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.)

¿Quién quiere sopas?

D. CARLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas.... Pero lo agradece, señor militar.

(Éntrase en el cuarto de Doña Irene.)

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

D. CARLOS.

¿Con que vamos?

CALAMOCHA.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! *(Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve: se acerca á Don Carlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.)* ¡Eh! chit, digo....

D. CARLOS.

¿Qué?

CALAMOCHA.

¿No ve usted lo que viene por allí?

D. CARLOS.

¿Es Simon?

CALAMOCHA.

El mismo.... ¿Pero quién diablos le....

D. CARLOS.

¿Y qué haremos?